



Claudio Fuentes

Director de FLACSO-Chile

“Es un error asimilar a Michelle Bachelet con Chávez”

ANA ZARZUELA

Claudio Fuentes es el actual director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile.

Como analista político, ha publicado extensamente sobre temas de gobernabilidad y calidad de la democracia en América Latina. Fue distinguido por la Asociación Estadounidense de Ciencia Política por su tesis de doctorado, premiándola como la mejor en el ámbito de los derechos humanos en 2002-2003. Es además, Presidente de la Asociación Chilena de Ciencia Política.

Desde fuera de Chile muchos analistas ven el triunfo de la concertación como un giro a la izquierda, ¿Bachelet querrá y podrá superar los compromisos históricos, políticos, ideológicos y económicos del partido e ir más allá de Lagos y aprovechar la mayoría en ambas cámaras para ir más allá del centro-izquierda, de la social-democracia?

El triunfo de Michelle Bachelet no ha significado un giro hacia la izquierda. Esto por varias razones: desde el comienzo de su campaña ha enfatizado que representaba la continuidad de la coalición de centro-izquierda. Adicionalmente, sus planteamientos programáticos han enfatizado el continuismo en aspectos tan cruciales tales como impuestos, el modelo económico, y la política exterior. Finalmente, las primeras señales sobre la nominación de su gabinete han reforzado este aspecto

Fuentes vaticina para Chile un gobierno de centro-izquierda con posibilidades de impulsar reformas sociales y con dos grandes desafíos: el sistema de pensiones y la relación con Perú y Bolivia

de continuidad. En mi opinión, Bachelet representará una alternativa socialdemócrata moderada en la región. Ahora bien, efectivamente, la presidenta Bachelet tendrá mayores posibilidades de impulsar iniciativas producto de la mayoría de la Concertación en ambas cámaras del Congreso. Pero tampoco será una carta blanca pues, todavía requiere del acuerdo de la oposición para impulsar iniciativas tales como la reforma al sistema electoral y otras de carácter constitucional que requieren quórum elevado. Su gobierno colocará un fuerte acento en la creación de un sistema de protección social, la reforma al sistema de pensiones, y la reforma política. Un debate muy cercano al que se está teniendo en Europa.

“Vamos a sorprender”, asegura Bachelet. ¿Hasta dónde será capaz de hacerlo atendiendo a algunos de los grandes desafíos socio-económicos, como la desigualdad social, el desempleo, la reforma de las pensiones, el sistema de salud, la reforma del sistema laboral...?

La primera gran sorpresa será el cumplir con el compromiso de tener un gabinete paritario. Muchos líderes políticos veían con dificultad el cumplimiento de esa promesa, pero en la me-

didada en que se acerca esta decisión (fines de enero) queda muy clara la voluntad de la presidenta de cumplir con su decisión. Adicionalmente, ya sus asesores directos están colocando en la agenda pública el tema de la reforma al sistema de pensiones. Las sorpresas, en mi opinión, se refieren al estilo que está imponiendo la nueva presidenta, menos dependiente de los partidos, y con una agenda social focalizada.

Bachelet asegura que su trayectoria es una metáfora de superación y reconciliación nacional. ¿Su llegada puede suponer el final simbólico y político de la transición mediante la reforma del sistema político y electoral y la eliminación de los restos del pinochetismo?

Los chilenos no hemos sabido colocar un momento de término de la transición. Resulta curioso que los tres presidentes democráticos después de Pinochet hayan proclamado el fin de la transición: Aylwin en 1993, Frei en 1998 cuando Pinochet dejó la comandancia en jefe, y Lagos en el 2005 cuando se promulgaron importantes reformas constitucionales. La elección de Bachelet parece ser un nuevo paso en esa dirección. Lo que caracteriza al proceso político chileno es la lenta pe-

ro continua superación del pasado. Sin embargo, todavía quedan secuelas de aquel pasado y que se expresan en el sistema electoral y en la herencia de violaciones a los derechos humanos. Simbólicamente, la transición seguro se producirá con el fallecimiento de Pinochet.

Desde la distancia se tiende a ver Chile como un caso más de ese “giro a la izquierda latinoamericano”, una nueva ficha en un eje imaginario que iría de Caracas a Buenos Aires pasando por La Paz. ¿qué puede tener en común la actual Concertación con movimientos populares y políticos como la revolución bolivariana?

Bueno, todo depende desde donde miremos. Desde el sur, observamos muchas diferencias en los procesos políticos de Venezuela, Bolivia, Argentina, Uruguay o Chile. Se trata de izquierdas con condiciones, discursos y fuerzas de apoyo muy disímiles. En Uruguay y Chile, la izquierda tiene fuertes grados de institucionalización y la canalización de demandas ha sido históricamente a través de los partidos. En el Chile de Bachelet, los partidos seguirán cumpliendo un rol fundamental en articular y canalizar demandas sociales. El gobierno ciudadano de Bachelet apunta a fortalecer los vínculos y canales de comunicación entre la ciudadanía, el Estado y los partidos. En los casos de Venezuela y Bolivia se produjeron procesos similares de fragmentación de partidos políticos tradicionales y la emergencia de un movimiento popular con un liderazgo definido. Aquello no ha sucedido ni en Chile ni menos en Uruguay. Si aceptamos como principio general que toda democracia requiere de una oposición establecida, llama la atención la ausencia de una oposición fuerte en Venezuela y Argentina, y la existencia de ésta en Bolivia, Uruguay, Brasil y Chile. No nos equivoquemos en el diagnóstico: aunque tengan similares objetivos de política exterior, Morales, Chávez y Kirchner no son lo

mismo y tienen condiciones internas muy disímiles. Aunque todos se auto-definen como “izquierda”, Lula da Silva, Michelle Bachelet y Tabaré Vázquez parecen más similares que Evo Morales, Hugo Chávez y Néstor Kirchner. Sin embargo, a los últimos tres tampoco los colocaría en el mismo saco. Es un error asimilar Bachelet con Chávez, y Chávez con Morales.

Hasta ahora, la aceptación de lineamientos neoliberales, la buena sintonía con organismos económicos internacio-



**En mi opinión,
Bachelet representará
una alternativa
social-demócrata
moderada en la región**

nales, la aceptación general de reglas de comercio mundial y globalización, así como del ALCA parecen haber regido los anteriores gobiernos de Concertación. ¿Cómo compaginará Bachelet la sintonía con las iniciativas de Lula, Kirchner, Tabaré, Chávez o Morales y sus perspectivas económicas regionales junto con el futuro de MERCOSUR, las relaciones Santiago-Bruselas y la “cordial tensión” con Washington? ¿Será un puente entre las dos Américas escenificadas en la Cumbre del Río de la Plata?

Dos temas pondrán a prueba a la futura presidenta. En el plano interno, la reforma al sistema de pensiones que implicará una fuerte pugna entre grandes conglomerados privados que controlan los fondos y el gobierno. En el plano externo, el principal desafío se centrará en la frontera norte. La reclamación boliviana de acceso soberano al mar y la demarcación territorial que Perú ha iniciado y que afectaría la frontera marítima con Chile son temas muy sensibles. A ello se suma una agenda amplia de temas con los vecinos en energía, balanza comercial, protección a las inversiones, migraciones, y proyectos de infraestructura para la integración. De producirse condiciones políticas favorables, la presidenta podría dar pasos importantes en promover una agenda cooperativa subregional. Veo con dificultad, no obstante, la posibilidad de un criterio común en el corto plazo en torno al comercio. América Latina está dividida entre los países que dan a la cuenca del Pacífico y que en su mayoría están liberalizando sus economías, y el MERCOSUR + Venezuela que buscan proteger su comercio. La tensión es entre economías pequeñas que ven en el libre comercio su única opción de sobrevivencia—pensemos en Uruguay, que por estos días quiere firmar un acuerdo comercial con EE UU—, y economías fuertes como la de Brasil y Argentina que reclaman mejores condiciones de comercio. En esa disyuntiva, Chile es poco lo que puede hacer. ■